



**BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA**

**CUADERNOS  
DEL  
HONORABLE CONSEJO UNIVERSITARIO**

**DR. NÉSTOR GARCÍA CANCLINI**

**DOCTOR HONORIS CAUSA**

**SERIE RECONOCIMIENTOS Y MÉRITOS**



## **CONTENIDO**

	<b>Página</b>
<b>A C U E R D O</b>	<b>5</b>
<b>HONORABLE CONSEJO UNIVERSITARIO</b>	<b>5</b>
<b>OTORGA: DOCTORADO HONORIS CAUSA AL</b>	<b>5</b>
<b>DR. NÉSTOR GARCÍA CANCLINI</b>	<b>5</b>
<b>S E M B L A N Z A</b>	<b>9</b>
<b>DR. NÉSTOR GARCÍA CANCLINI</b>	<b>9</b>
<b>D I S C U R S O</b>	<b>15</b>
<b>MTRO. ENRIQUE AGÜERA IBÁÑEZ</b>	<b>15</b>
<b>RECTOR DE LA BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA</b>	<b>15</b>
<b>C O N F E R E N C I A</b>	<b>21</b>
<b>DR. NÉSTOR GARCÍA CANCLINI</b>	<b>21</b>



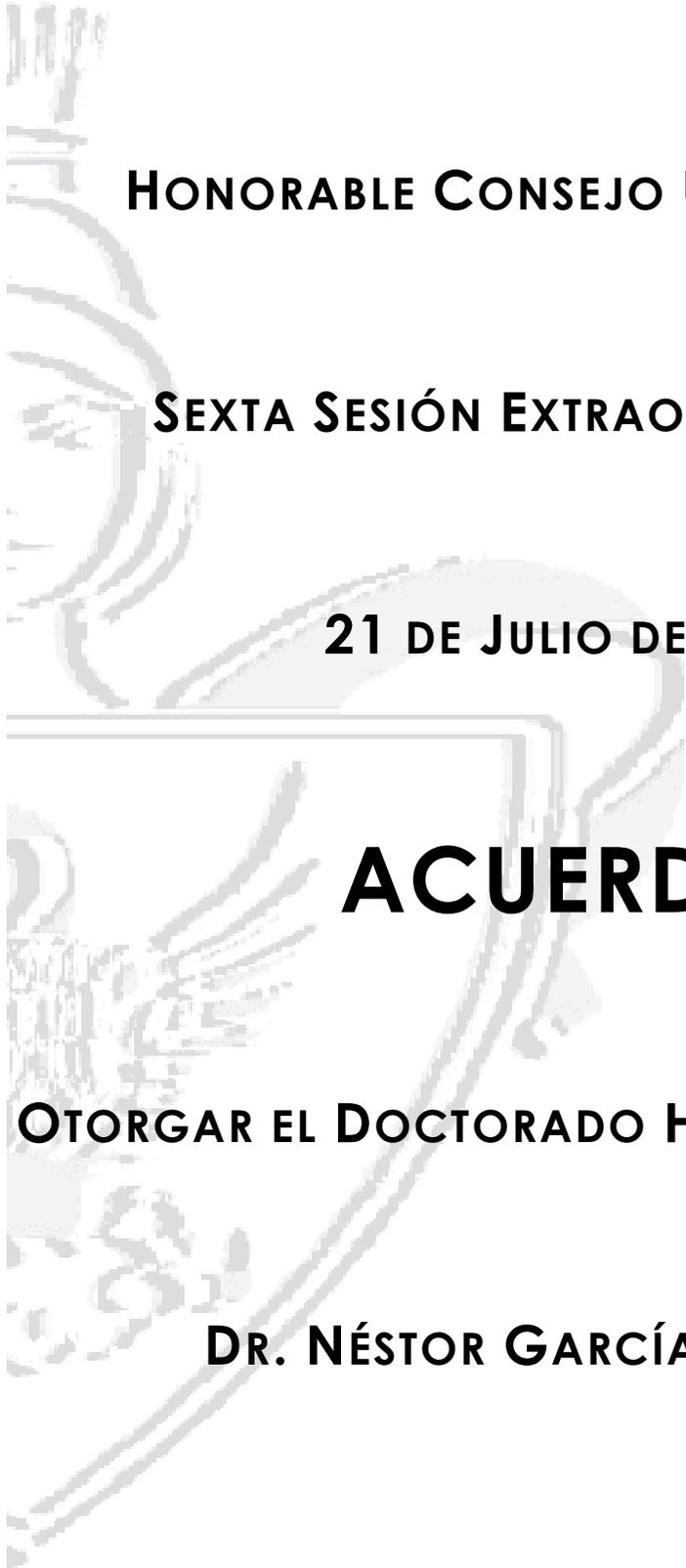


# **ACUERDO**

*HONORABLE CONSEJO UNIVERSITARIO*

**OTORGA: DOCTORADO HONORIS CAUSA AL  
DR. NÉSTOR GARCÍA CANCLINI**





**HONORABLE CONSEJO UNIVERSITARIO**

**SEXTA SESIÓN EXTRAORDINARIA DEL**

**21 DE JULIO DE 2005**

**ACUERDO:**

**OTORGAR EL DOCTORADO HONORIS CAUSA AL**

**DR. NÉSTOR GARCÍA CANCLINI**





# **S E M B L A N Z A**

*DR. NÉSTOR GARCÍA CANCLINI*



## **SEMBLANZA**

**DR. NÉSTOR GARCÍA CANCLINI**

**CEREMONIA DE ENTREGA DEL DOCTORADO HONORIS CAUSA POR LA  
BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA.**

**Dr. Ernesto Licona Valencia.**

**Coordinador del Colegio de Antropología Social.**

**Facultad de Filosofía y Letras**

**Honorable Consejo Universitario.**

**Mtro. Enrique Agüera Ibáñez**

**Rector de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.**

**Dr. José Ramón Eguíbar Cuenca**

**Secretario General de la Institución.**

**E**l grado de doctor *Honoris Causa* se podrá conferir a quienes se hayan distinguido por sus contribuciones al desarrollo de las ciencias, las humanidades, las ciencias, las artes o al desarrollo social, así se lee en el Capítulo Segundo, artículo 5 del Reglamento de Otorgamiento de Distinciones y Grados Honoríficos de nuestra Universidad.

Con base en ello es que el Consejo de Unidad de la Facultad de Filosofía y Letras acordó solicitar a este H. Consejo Universitario, su aval para otorgar el doctorado *honoris causa* para Néstor García Canclini por la importancia que tiene su obra filosófica y antropológica para México, América Latina y el mundo por las siguientes razones:

La obra intelectual de Néstor García Canclini hoy representa una de las propuestas científicas más novedosas para estudiar e interpretar la cultura latinoamericana en la era de la globalización, con metodologías innovadoras y la utilización de teorías procedentes de varias disciplinas sociales ha construido un corpus teórico que hoy por hoy es un arsenal imprescindible para entender las identidades actuales en América Latina. De esta manera se ha constituido como

uno de los pensadores sociales más influyentes de la investigación social moderna.

Su comprensión de las culturas populares latinoamericanas en el marco de la sociedad capitalista propone un debate en torno a lo autóctono y lo foráneo en la conformación de la cultura popular, la cual continúa desarrollándose a través de los cambios de las culturas populares tradicionales.

En su obra *Culturas Híbridas* presenta una discusión en torno a la comprensión de las teorías de la modernidad y de la postmodernidad poniendo especial énfasis en los usos populares tanto de lo oculto como de los medios masivos de comunicación; y en el estudio de los procesos de recepción y apropiación de los bienes simbólicos.

Para comprender la globalización propone la utilización de las metáforas en los relatos e imágenes y aparece lo que la globalización tiene de utopía y lo que no puede integrar, por ejemplo, las diferencias entre anglos y latinos, los desgarramientos de la gente que emigra o viaja, que no vive donde nació y se comunica con otros a los que no sabe cuando volverá a ver. Las metáforas sirven para imaginar lo diferente, y las narraciones ritualizadas para ordenarlas.

Introducción en nuestro país de la obra sociológica de Pierre Bourdieu alumno de Paul Ricoeur y como investigador nacional de excelencia ha formado en México una escuela de estudios culturales de las más importantes en América Latina y el mundo. Las investigaciones sociales que ha coordinado desde México, merecen reconocimiento en Argentina, Colombia, Brasil, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania y de la propia UNESCO que lo ha incorporado como especialista para que cada año elabore, junto con otros científicos sociales el diagnóstico mundial de cultura. Y durante el bienio 2001 – 2002 coordinó el

proyecto de la Organización de Estados Iberoamericanos denominado ‘Pensar Iberoamérica, las culturas iberoamericanas en el siglo XXI’.

Autor de una extensa obra filosófica, sociológica y antropológica que se puede leer en 30 libros – 31 porque en el mes pasado acaba de publicar otro – algunos de ellos traducidos al inglés, italiano y portugués o en 255 artículos científicos que aparecen en diferentes publicaciones nacionales e internacionales.

Ha sido profesor de las Universidades de Stanford, Austin, Barcelona, Buenos Aires y São Paulo. Dentro de sus distinciones se encuentran el Premio Casa de las Américas 1981 por el libro *Las culturas populares en el capitalismo*. Premio al mejor libro en español sobre América Latina, que otorga la Asociación de Estudios de América Latina (LASA) de Estados Unidos, por culturas híbridas en el año de 1990.

Premio al *Área de Cultura de la UAM-Iztapalapa* 1992, como mejor grupo de ciencias sociales por su productividad en la investigación. Premio de ensayo literario hispanoamericano *Lya Kostatowsky* de la Fundación Cardoza y Aragón por el libro *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. Y recientemente en el mes de enero de 2005, una prestigiosa revista francesa lo ubica entre los 25 pensadores más influyentes del mundo, donde lo definen como el ‘Hermeneuta de la Globalización’.

Profesor, investigador latinoamericanista hoy Néstor García Canclini como en su momento fue Manuel Gamio, Gonzalo Aguirre Beltrán – que por cierto nuestra Universidad le otorgó en el año de 1993 el grado de Doctor *Honoris Causa* – Guillermo Bonfil Batalla es el antropólogo más influyente por su obra intelectual en nuestro país y América Latina.

Pensador que es reconocido a nivel mundial por el estudio de la dimensión cultural de la globalización. Profesor que ha formado a numerosas generaciones de antropólogos mexicanos y de otras nacionalidades y gran entusiasta por colaborar con la BUAP impartiendo cursos, seminarios, gestionando recursos para proyectos de investigación, publicaciones como así lo ha expresado”.



# **DISCURSO**

*MTRO. ENRIQUE AGÜERA IBÁÑEZ*

**RECTOR DE LA BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA**



## **DISCURSO**

**MTRO. ENRIQUE AGÜERA IBÁÑEZ**

**Rector**

**Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.**

**CEREMONIA DE ENTREGA DEL DOCTORADO HONORIS CAUSA AL DOCTOR NÉSTOR GARCÍA CANCLINI POR LA BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA.**

**Honorable Consejo Universitario**

**Dr. Néstor García Canclini.**

**Dr. José Ramón Eguíbar Cuenca  
Secretario General de la Institución.**

**R**ecibimos con mucho gusto al Dr. Néstor García Canclini, destacado científico social y especialista en estudios culturales, a más de autor de múltiples libros que son referentes ineludibles en temas como la globalización, la comunicación, la educación y la modernidad.

A Néstor García Canclini debemos algunas de las conceptualizaciones más relevantes sobre la cultura contemporánea que responden a preguntas que nos hemos formulado durante mucho tiempo.

Sus trabajos transcurren entre las culturas híbridas –título por cierto de una de sus más importantes obras, considerada por la Asociación de Estudios Latinoamericanos el mejor libro publicado en español en 1992–, la inacabada modernidad en América Latina, el arte popular, la participación social, la interdependencia o las luchas indígenas.

En torno a estos temas el autor propone una mirada interdisciplinaria, o quizá transdisciplinaria, que haga posible comprender los fenómenos y sus repercusiones de manera integral.

Una virtud distingue a nuestro invitado: Si bien se le considera un sociólogo de la cultura, se asume también como un mero ciudadano y entonces es capaz de conjugar la perspectiva del académico e investigador con la visión esencial del actor de una sociedad inmersa en múltiples transformaciones.

De esa manera logra estudiar lo que ocurre a su alrededor, lo mismo a través de expresiones lineales que de hipertextos, para construir los escenarios característicos del nuevo siglo y traspasar información que haga posible la mejor comprensión de las manifestaciones humanas y la fugacidad que hoy en día las caracterizan.

La cultura es, entonces, un manejo de la diferencia y por eso hay que verla desde una perspectiva intercultural, considerando los vínculos entre la realidad y la representación, entre las acciones y los símbolos.

Como teórico de la globalización, a la que más que una forma de dominación concibe como una hegemonía de los grupos que concentran el poder económico, García Canclini llama a las naciones latinoamericanas a reconstruir y aprovechar sus identidades, en vista de que la globalización activa la interculturalidad y genera nuevos imaginarios contrapuestos a los fines de esa supremacía.

La globalización, en su concepto, debe abordarse como un conjunto de procesos de homogeneización que permite el reordenamiento de las diferencias y las desigualdades.

Como él mismo lo señala en su libro *La globalización imaginada* es preciso descubrir –y cito- ‘nuevos espacios de intermediación cultural y política’ para que

de esa manera “el futuro de la globalización lo decidan ciudadanos multiculturales” y se evite eliminar lo discordante.

Debo destacar que nuestro distinguido invitado es un intelectual y académico de trayectoria sobresaliente, miembro del Sistema Nacional de Investigadores y un respetado profesor en múltiples universidades de todo el mundo.

En la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla esperamos muy pronto recibirlo como profesor visitante y tener la oportunidad de que comparta sus experiencias con nuestra comunidad académica.

H. Consejo Universitario, señoras y señores: Este día se celebra el 49 aniversario de la Autonomía Universitaria de nuestra Institución, resultado de una tenaz lucha emprendida por los universitarios.

Se trató de un empeño que logró reunir a estudiantes de diversas ideologías, unidos en pos de un objetivo superior, al considerar necesario que la institución gozara de la más completa libertad para organizarse en forma tal ‘que garantice el bienestar cultural y social en beneficio indiscutible de la colectividad, sobreponiéndose a los intereses de grupo o de facción que desvirtúan toda finalidad esencialmente universitaria.

La autonomía se proclamó el 23 de noviembre de 1956, durante el rectorado del Dr. Rafael Artasánchez Romero, confirmando la fuerza de la unidad universitaria, y dio paso a otros logros, como la promulgación de la Ley Orgánica de la Universidad, de 1963.

Hoy recordamos con gratitud a quienes hicieron posible ese logro histórico para la BUAP, entre muchos otros, el Dr. Francisco Arellano, Ocampo, entonces

presidente de la Federación Estudiantil Poblana, que encabezó el movimiento; José Manuel González Salgado, Miguel Martínez Hernández, Félix Walz, Arturo Santillana, Gilberto Montes, Manuel Tovía, Aquiles Serdán Álvarez, Emilio Exaire, Luis Trillo, Víctor Rivera, Enrique Vargas, Alberto Briones, por mencionar a algunos.

Casi medio siglo después, los universitarios asumimos la autonomía no como un fin en sí misma, sino como el medio que permite a la institución el desempeño de su misión y el logro de sus objetivos.

De igual manera, en virtud de las aportaciones de nuestra Máxima Casa de Estudios a la generación y difusión del conocimiento, así como al desarrollo regional, hemos propuesto se inscriba en letras de oro en el H. Congreso del Estado, el nombre de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Celebro la feliz coincidencia de esta efeméride con el homenaje que rendimos este día al Dr. Néstor García Canclini, pues difícilmente se puede encontrar a un hombre que encarne de mejor manera el espíritu universitario: con plena dedicación al estudio y profunda convicción humanista.

Ese es quizá el principal mérito de García Canclini: su pasión por el conocimiento y su entrega al compartirlo.

Es así, que en reconocimiento a sus importantes aportaciones al análisis y comprensión de la cultura contemporánea, la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla se complace en integrar a su claustro académico al Dr. Néstor García Canclini, y otorgarle el Doctorado *Honoris Causa* de nuestra Máxima Casa de Estudios. Muchas felicidades y muchas gracias”.



**C O N F E R E N C I A**

*DR. NÉSTOR GARCÍA CANCLINI*



## Conferencia del Dr. Néstor García Canclini

**1** ■ Quisiera, ante todo, agradecer enfáticamente a esta Benemérita Universidad Autónoma de Puebla la distinción que me confiere, y también a la amplia asistencia, en la que me da un enorme gusto reencontrar amigos queridos, colegas prestigiosos y exalumnos que ahora son profesores de esta institución. Aprecio mucho las palabras del señor Rector de la UAP, Maestro Enrique Aguera Ibáñez, así como al Dr. José Ramón Eguibar Cuenca, Secretario General de esta Universidad, y, en especial, deseo destacar al Dr. Ernesto Licona Valencia, Coordinador del Colegio de Antropólogos, cuya presentación revela una lectura acuciosa de mis textos y una reflexión que comparto sobre la orientación que esperamos desarrolle hoy la antropología para cumplir con su responsabilidad social.

Sin duda, una distinción así es significativa por muchas razones. Una de ellas es saber que en un espacio académico dedicado a las humanidades y las ciencias sociales los libros y los artículos en los que uno ha trabajado son leídos y valorados. Otro motivo es que este reconocimiento me sea dado por una de las mayores universidades de México y de América Latina. He estado en otras ocasiones en esta universidad para reuniones académicas, pude comprobar el valor del trabajo de muchos investigadores, profesores y estudiantes, y también el papel que desempeña como institución vertebral en los debates del país. Además, este doctorado honoris causa afianza lo que he intentado al trabajar en México, realizando investigaciones y tratando de conocer a la sociedad. Hay pocas cosas que arraiguen tanto en un país como realizar investigación. A veces me han preguntado en la Argentina, en México y en otros países: ¿por qué no volviste a la Argentina? Yo digo que una parte de la respuesta tiene que partir de otra pregunta

¿por qué me quedé en México? Sin duda, hay razones afectivas complejas, como en toda decisión post-exilio: mis hijos son mexicanos, mi esposa es mexicana. Pero hay también una parte específicamente académica: como decía hace un momento, investigar arraiga. Es lo que me viene sucediendo, en el proceso de conocer este país, al tratar de entender algo que no me había planteado desde Argentina, o sea qué significan las culturas indígenas en América Latina. Lo ensayé haciendo trabajo de campo durante varios años en Michoacán con purépechas y con mestizos en la Ciudad de México, en Tijuana, en la frontera norte con Estados Unidos, en otras regiones del país acompañando trabajos de investigación de estudiantes de la Escuela de Antropología y de la Universidad Autónoma Metropolitana. Todo esto crea un arraigo afectivo e intelectual, que me hace sentirme perteneciendo plenamente a este país y no sólo por tener, como ocurre desde hace seis años, la nacionalidad. Este reconocimiento de hoy es una forma más de afianzar esta pertenencia y la solidaridad con el trabajo académico, social, político y cultural en México.

Como la caracterización que hizo el Coordinador de Antropología de varios de mis libros muestra que hay unos cuantos en esta sala que ya han leído buena parte de lo que he escrito, no quisiera reincidir en esos temas sino proponerles una reflexión aún inédita. Por el momento, se titula *Ciencia y arte: conceptos contra metáforas*. En cierto modo, es un intento de responder a preguntas, objeciones y críticas que ha recibido mi trabajo; es, también, un ensayo para decir algo sobre problemas irresueltos en mis propios libros y un intento de transitar las fronteras entre la antropología, la filosofía, la estética, las ciencias sociales, diferente de lo que ustedes conocen hasta ahora.

2. ¿Por qué hablar de “conceptos contra metáforas”? Si tomáramos los modos distintos en que se formaron en la modernidad el lenguaje de los científicos y el de los artistas pareciera que no tienen mucho para decirse. Se pensaba que el

trabajo científico se hacía con un lenguaje unívoco, que aspiraba a descubrir y formular con exactitud las leyes de lo real. El arte, en tanto, aludía a la realidad con un lenguaje polisémico, rodeaba lo real, lo danzaba, lo contaba, iba imaginándolo de diversas maneras como parte de una narración o un teatro, a menudo para convertirlo en otra cosa.

Es cómodo esquematizar bajo la oposición entre conceptos y metáforas las tareas de científicos y artistas. En años recientes, vimos reactivada la confrontación en las críticas de algunos científicos al posmodernismo y a los estudios culturales, por ejemplo en el *affaire* Sokal con la revista *Social Text* y en el libro *Imposturas intelectuales* que este físico publicó con Jean Bricmont, en el que se burla del lenguaje metafórico de Jacques Lacan, Julia Kristeva, Bruno Latour, Jean Baudrillard, Gilles Deleuze y otros pensadores franceses. No me interesa aquí discutir si estos autores abusan de las metáforas ni si Sokal y Bricmont exageran al juzgar impostura ese recurso en el trabajo intelectual. Me preocupan dos cuestiones que estas polémicas actualizan: a) ¿qué ganamos y qué perdemos en la productividad del pensamiento al emplear o al proscribir las metáforas? b) ¿qué requisitos pueden legitimar en las ciencias sociales el uso de metáforas artísticas y literarias?

Parto de la observación de que las prácticas actuales de científicos y artistas con frecuencia no parecen alejadas. También la gente de ciencia usa metáforas, se mueve con aproximaciones y compite, con teorías dispares, queriendo probar cuál tiene mayor capacidad explicativa. Por su lado, los artistas manejan conceptos y organizan intelectualmente sus representaciones de lo real; convierten sus intuiciones en lenguaje, las comunican y las contrastan con experiencias sociales. Hay, entonces, un problema compartido por la epistemología y la estética: cómo se intersectan el movimiento por el cual el lenguaje gana dinamismo y significación gracias a las metáforas con el

movimiento que busca precisar y fijar el sentido en conceptos. Voy a ocuparme limitadamente de este asunto, que la filosofía ha tratado de elucidar en muchas vertientes, desde Aristóteles a Paul Ricoeur y Jacques Derrida, centrándome en las relaciones entre antropología de la cultura y estética.

Claude Lévi-Strauss fue uno de los antropólogos que formuló con más felicidad los estilos compartidos y las divergencias de la labor artística y la científica. Insatisfecho con los antropólogos precedentes que, siguiendo a Lévi-Bruhl, hablaban del carácter prerracional o prelógico de las culturas primitivas, Lévi-Strauss dijo que el pensamiento científico y el pensamiento salvaje corresponden con rigor metódico a lo real: la ciencia sumerge las imágenes en conceptos; la magia deja hablar a los conceptos en imágenes. La magia o el arte, decía, no son formas tímidas o balbuceantes de la ciencia, sino – junto con ella – niveles estratégicos distintos en que la naturaleza y la sociedad se abren al conocimiento. Se han escrito muchas exploraciones sobre esta ambivalente sensibilidad levistraussiana: recojo aquí la doble referencia señalada por Jeffrey Mehlman en su reciente reconstrucción de las paradojas que originaron el pensamiento francés de la segunda mitad del siglo XX cuando grandes intelectuales de Francia, exiliados en Nueva York, hallaron en esa metrópolis influencias dispares y las cruzaron: “Curiosamente el estructuralismo francés fue concebido en Nueva York, cuando Lévi-Strauss se encontró, por un lado, con el lingüista Roman Jakobson, que habla de estructuras inconscientes, y, por otro lado, con el artista surrealista Max Ernst. El estructuralismo nació de la voluntad de sistematizar (deuda con Roman Jakobson) todo lo que podía extraerse de un arte de la yuxtaposición inédita (deuda con el surrealismo)”. (Beccacece, 2005)

Quisiera poner en diálogo aquí, por primera vez, explicaciones dispersas en mis libros de por qué he tratado de combinar conceptos y metáforas en diferentes momentos. Me interesó relacionar las artes y la literatura con la filosofía desde los

textos iniciales (mi primer libro fue sobre Julio Cortázar), pero predominó en mis trabajos un control metodológico de carácter científico-filosófico. Sin embargo, cada vez más necesité usar la forma ensayo, y aun fragmentos o capítulos narrativos. Esta oscilación entre el lenguaje de las ciencias sociales, o sea el de los conceptos y el método, y el del ensayo, la narración y la metáfora, no es ajeno al deseo de alcanzar cierta persuasión, atractivo y elegancia en la comunicación. Convencer y conmover. Uno agradece cuando lee a autores como Walter Benjamin, Maurice Merleau-Ponty y Clifford Geertz, en los que el rigor no excluye el placer.

Sin embargo, se trata de algo más que de efectos retóricos y estilísticos. No es causal que los autores que acabo de citar, como tantos otros que podrían acompañarlos en esta lista, hayan encontrado en los senderos del arte vías de conocimiento. El orden de los conceptos y la asociación de las metáforas se complementan, y a veces se desencuentran o señalan conflictos fecundos. De un modo esquemático, diría que estamos simultáneamente ante la oposición y la complicidad entre ciencia y arte. Voy a analizar por qué necesitamos ambos recursos – los conceptos científicos y las metáforas creativas – para conocer y para nombrar lo que encontramos.

**3.** Una manera de ver lo que comparten científicos y artistas, y qué los diferencia, es concebir a ambos como detectives. Tienen en común el hábito de sospechar que siempre hay por lo menos dos relatos para contar lo real. Lo que aparece a primera vista y lo que la gente dice suele esconder otra trama. Los físicos no creen que un palo se doble si lo hundimos en el agua, ni los astrónomos se dejaron llevar por la apariencia de que el sol se presenta por un lado, se pone por el otro, y la tierra, quieta, se dedica a ver ese espectáculo. Los sociólogos y antropólogos desconfían de que los grupos y las naciones se peleen o se atraigan por lo que dicen, y averiguan, a través del análisis comparativo de muchas sociedades, por

qué todas repiten esta elemental creencia de imaginarse superiores a los demás y cómo construyen soberbios relatos para justificar su etnocentrismo. Los psicoanalistas se dedican a escuchar la lógica secreta que se esconde en las extraviadas narraciones de nuestros sueños y también en la otra racionalidad encubridora de los cuentos diurnos.

De modo semejante a estos científicos, los escritores saben que hacer un cuento o una novela es trabajar por lo menos con dos historias. Su método consiste en organizar de maneras distintas los mismos hechos. El relato superficial habla de acontecimientos en apariencia casuales, dedica la mayor parte del tiempo a esos sucesos o a las diferentes interpretaciones de varios personajes que los ponen en tensión. La sorpresa final surge cuando otra lógica, hasta entonces oculta, revela el sentido que articulaba esos acontecimientos. Por debajo de la historia visible, corre sigiloso otro movimiento de lo real: pensamos en Edgar Allan Poe, Ernst Hemingway y Horacio Quiroga. La literatura, sostiene Ricardo Piglia, es esa “iluminación profana” que se logra construyendo un relato para “hacer aparecer artificialmente algo que estaba oculto. Reproduce la busca renovada de una experiencia única que nos permita ver, bajo la superficie opaca de la vida, una verdad secreta”. Y en otra tendencia de la literatura, acentuada en décadas recientes, hallamos que ninguno de los significados supuestos por los personajes era verdadero, y que tampoco hay otro. Kafka y Joyce, Borges y Sebald cuentan historias cargadas de sobreentendidos, con alusiones a otro orden posible, que queda en eso: conjeturas sobre un sentido que permanece inexplicable o tal vez no exista.

Un rasgo coincidente entre los científicos y artistas que trabajan con estas diversas capas significantes es escribir textos difícilmente clasificables bajo la ortodoxia de los géneros. El discurso de las ciencias aloja hoy narraciones, diálogos y testimonios que conviven con los registros distintos de las estadísticas y

las encuestas. La ciencia y la literatura se presentan a menudo como discursos multimedia. Se acercan al pensamiento visual contemporáneo, a cuyos practicantes ya no sabemos si llamar plásticos, videoastas, instalacionistas o performancers. ¿Ya no hay géneros artísticos y disciplinas científicas? La contundencia del enunciado y las vacilaciones de la búsqueda suelen coexistir en textos que las bibliotecas todavía insisten en clasificar según las disciplinas; las obras científicas con las científicas, las de arte con las de arte y las de comunicación con sus iguales. Los museos se permiten más salir de los órdenes disciplinarios, cronológicos o de estilos al juntar cuadros, discos, libros de investigación, objetos comunes y maquetas de arquitectos por temas: el paisaje, el hogar o el cuerpo, como hizo la Tate Modern de Londres, o lo duro y lo blando en una muestra del Centro Pompidou de Paris, en 2005.

El acercamiento del arte a la ciencia y la filosofía por el énfasis en el carácter conceptual de la creación, así como la aproximación de las ciencias sociales al arte por lo que podríamos llamar su antropologización, o sea la mayor atención a lo cualitativo y lo sensible, reducen la distancia entre ambos. Ciencia, filosofía y estética aparecen preocupadas, en palabras de Jacques Rancière, por reconcebir los “modelos de conexión entre presentación de hechos y formas de inteligibilidad que difuminan la frontera entre razón de los hechos y razón de la ficción” (Rancière, 2002:66).

4. ¿Qué diferencia al detective científico del detective artista? Una manera de responder a esta pregunta es contar encuentros entre unos y otros. Comienzo con el relato de un diálogo de Joyce con Jung. La hija de Joyce, Lucía, estaba psicótica, y su padre buscaba ayudarla estimulándola a escribir y leyendo sus textos. Como la hija no salía de su enfermedad, Joyce acabó consultando a Jung. Cuenta Piglia que el escritor le llevó a Jung los textos de Lucía y le dijo que lo que la hija escribía era semejante al *Finnegans Wake*, “un texto totalmente psicótico, si

uno lo mira desde esa perspectiva: es totalmente fragmentado, onírico, cruzado por la imposibilidad de construir con el lenguaje otra cosa que no sea la dispersión. Entonces Joyce le dijo a Jung que su hija escribía lo mismo que él, y Jung le contestó: “Pero allí donde usted nada, ella se ahoga”. Es la mejor definición que conozco de la distinción entre un artista y...otra cosa, que no voy a llamar de otro modo que así”.

Una interpretación apresurada de este relato podría hacernos decir que el artista es el que evita ahogarse y el científico es el que busca salvar, o curar, al náufrago. Pero ya sabemos que a muchos artistas el arte no les alcanza a lo largo de toda la vida para evitar el suicidio, destruirse con alcohol o perderse en una selva. Tampoco los científicos prevén todas las tormentas, explican siempre los naufragios, ni hay acuerdo en las explicaciones que dan unos y otros, y muchas veces no resuelven los problemas, como le ocurrió a Jung con la psicosis de Lucía Joyce.

**5.** Me parece que el científico y el artista no se diferencian tanto en los resultados como en el método con que intentan llegar a algo. A los artistas no les preocupa llegar a una verdad única, aunque tantas veces escriban manifiestos para decir que la tienen, o actúen ante los otros artistas y ante los medios como si estuvieran seguros. En verdad, esto ocurre cada vez menos. En los últimos años se ha llegado a una cierta coquetería posmoderna, según la cual es de buen gusto el artista que se presenta desorientado ante el público y dice que no entiende lo que acaba de hacer. Esta perspectiva fue radicalizada en la medida en que las teorías del arte y la literatura se apartaron de las ilusiones realistas. Tampoco los críticos leen las novelas ni las películas ni los cuadros como representaciones de lo real, susceptibles de ser juzgadas por la fidelidad con lo que “muestran”.

Al científico le interesa la representación verdadera de lo real, aunque su búsqueda no se enuncia de este modo. El científico no resulta convincente si su discurso es demasiado completo, sólo habitado por certezas. A partir de 1934 (pongo la fecha en que Karl Popper publica su *Lógica de la investigación científica*) sabemos que las teorías científicas no poseen la verdad sino que formulan hipótesis, de las cuales – mientras no sean refutadas – sólo afirmaremos que “han demostrado su temple” o que “no hemos encontrado razones para desecharlas” (Popper, 1962: 33 y 234). La incesante renovación de las teorías científicas nos hace reconocer que todo saber es provisional y ninguna puede proporcionar el conocimiento exacto y definitivo de lo real.

Un problema clave es la discontinuidad entre los saberes y la inconmensurabilidad de los paradigmas. Mientras se aceptan estas incertidumbres, es posible avanzar en el conocimiento. Pero todo se vuelve irresoluble y peligroso cuando el investigador comienza a presumir continuidades y armonías inexistentes. Escribía Jean-François Lyotard en el balance de su vida ensayado en las conferencias de Irvine: “lo que es amenazador en el trabajo de pensar (o escribir) no es que siga siendo episódico, sino que simule ser completo” (Lyotard, 1992:20). La producción científica es convincente no sólo por la demostrabilidad o contrastabilidad de sus enunciados, y por la coherencia lógica entre ellos, sino por la capacidad de crear espacio para las dudas y por la premura o la paciencia con que quiere disiparlas.

6. En suma: el artista y el científico se diferencian en que al segundo le interesa centralmente el conocimiento, pero convergen en algunos modos de experimentar la incertidumbre. Por eso, algo que acerca a ambos en la actualidad es la desconfianza hacia los usos reductores y redentores de su trabajo, basados en la absolutización de sus modos de percibir lo real. Ni siquiera están seguros de salvarse a sí mismos. Luego de contar el encuentro entre Joyce y Jung, dice

Piglia que la ciencia y la literatura tienen mucho que ver con la natación. Piglia se refiere sobre todo al psicoanálisis, del cual afirma que es “un arte de mantener a flote en el mar del lenguaje a gente que está siempre tratando de hundirse. Y un artista es aquel que nunca sabe si va a poder nadar: ha podido nadar antes, pero no sabe si va a poder nadar la próxima vez que entre en el lenguaje”. (Piglia, 1999: 81).

¿No es también el científico, incluido el psicoanalista, alguien que ante cada caso, cada objeto o proceso nuevo, averigua si le servirá la teoría que construyó en sus anteriores miradas sobre lo que llaman real? Quien hace ciencia nunca está seguro de que luego de haber entendido lo que son las artesanías o las fiestas de muertos o las clases sociales ya podrá explicar todas las artesanías, fiestas y clases que vaya encontrando. Hacer ciencia no consiste en descubrir las leyes con que funciona algún pedazo del mundo y después dedicarse a repetir experiencias que la confirmen y escribir ponencias para informarlo en nuevos congresos. Para eso, se necesitaría un paradigma definitivo.

Desde Thomas Kuhn, Michel Foucault y Pierre Bourdieu sabemos que no hay un paradigma único con el cual leer lo social, sino perspectivas en conflicto y cambiantes. Dejamos la certeza positivista que imaginaba la historia de la ciencia como el progreso hacia un saber cada vez más unívoco y universal para admitir que las estrategias con que conocemos divergen según los modos de formular los problemas, siempre captando *partes* de lo social. Este descubrimiento de las epistemologías occidentales se complica desde que la antropología nos hizo visibles otros modos de experiencia y de organización del conocimiento en culturas diferentes. A la relativización de los saberes que nos exige la multiplicidad de paradigmas, se añade la necesaria modestia ante la variedad de modos de conocer, la insuficiencia de todos y la imposibilidad de universalizar cualquiera de ellos.

Aun sin salir de las epistemologías occidentales, los estudios de sociología de la ciencia han mostrado que los científicos conocemos lo real no tal como es en sí mismo, ni informamos de los resultados en un lenguaje unívoco y transparente, sino que nuestros procedimientos de investigación y el lenguaje en que la comunicamos están inmersos en sistemas sociales, en primer lugar las competencias académicas por el reconocimiento, luego las redes – abiertas o sutiles – con el poder de los políticos, los laboratorios, los financiadores, las industrias y otros actores extracientíficos. Aun en los casos más asépticos, en los que se busca controlar esos condicionamientos, los sociólogos de la ciencia revelan las muchas estrategias de organización de los datos, las diez o veinte versiones que pueden construirse, según la retórica aparecida en uno u otro escenario. Las apariencias de despersonalización y control objetivo de las exposiciones científicas tambalean, sobre todo, en los estudios sobre retórica de la antropología, quizá la disciplina en la que las rivalidades entre académicos con más frecuencia llevaron a empecinarse en mostrar las astucias y los dispositivos metafóricos con que los etnógrafos más pegados a lo real – Malinowski, Evans-Pritchard y muchos más – se ingeniaron para convertir sus observaciones de campo en “ficciones persuasivas” (Strathern, 1989).

Todo esto conduce a la exigencia compartida, para científicos y artistas, de renovar constantemente la mirada. La ciencia puede incluirse en lo que Maurice Merleau-Ponty afirmaba del trabajo filosófico y literario: “La verdadera filosofía consiste en aprender de nuevo a ver el mundo, y en este sentido contar un cuento puede significar el mundo con tanta “profundidad” como un tratado de filosofía” (Merleau-Ponty, 1945: II). Pero ¿efectivamente son análogos el saber filosófico, las descripciones científicas y los cuentos?

7. A esta altura, tal vez haya que apartarse de la descripción del científico como detective. No encuentro forma de explicarlo sin mencionar dos palabras técnicas: quiero decir que en la epistemología actual de las ciencias sociales debemos trabajar en forma *postempirista* y *posthermenéutica*. Voy a explicarlo brevemente. Ser postempirista significa que ya no podemos suponer que lo observable en los hechos mediante las encuestas y el trabajo de campo sea la verdad. Tampoco pensamos que el dilema entre empiristas y hermeneutas se resuelva confrontando hechos y discursos. Al estudiar la megaciudad de México, tuve que indagar por qué la jerarquía objetiva de sus problemas, según los identifican las ciencias sociales, no correspondía con los discursos de sus habitantes: mientras los sociólogos, antropólogos y urbanistas describimos como claves de las deficiencias el crecimiento demográfico descontrolado, la especulación inmobiliaria y una multiculturalidad conflictiva, los imaginarios de los habitantes arreglan sus informaciones ocasionales de acuerdo con sus tácticas de sobrevivencia y echan la culpa a los migrantes que extendieron desmesuradamente la urbe, a la “influencia extranjera” o a la corrupción (García Canclini y otros, 1996).

La verdad no emerge, como en una operación detectivesca, de obligar a los discursos a someterse a la demostración de los datos. El antropólogo o el sociólogo se parece menos al detective que al psicoanalista. Los tres nos preguntamos en qué medida el discurso es una fantasía o un delirio. Simultáneamente, necesitamos interrogar lo que los actos significan para los sujetos que los viven, porque sabemos que el significado (ya no la verdad) de los hechos no está contenido en ellos, sino en el proceso por el cual los sujetos los constituyen y los padecen, los transforman y experimentan la resistencia de lo real. Quizá los antropólogos sean quienes prestan más atención a esta intersección entre los hechos y los discursos. Ambos fenómenos tienen una cierta consistencia que les da su relativa objetividad y hacen posible el análisis científico, pero a la vez ambos – hechos y discursos – están organizados por un régimen

imaginario, cuyo sentido no se agota en la apariencia objetiva. (García Canclini, 1995: cap. 2).

La divergencia entre discursos que se refieren, en principio, a los mismos hechos es una de las escenas en que se representa la interculturalidad como condición para producir conocimientos. Algunas corrientes de la antropología han pretendido resolver el dilema, cuando la discrepancia es entre el discurso del científico y el del informante, optando a favor de este último. Pero de este modo se elimina el problema de que los actores sociales no siempre son concientes, o los mejores conocedores, de lo que están haciendo. En un nivel más complejo, podemos decir que lo que habla, más que un agente social, es una diferencia, una grieta, una búsqueda del Otro o de lo Otro, y las dificultades de convivir o sea, las muchas formas de entender la otredad que conviven en una sociedad multicultural. Esta diferencia y esta grieta suelen ser “suturadas” dentro de cada sociedad mediante relaciones de poder y rituales de cohesión social. Una de estas neutralizaciones de la diferencia es la que a veces produce el objetivismo uniformador de la ciencia. Pero además hallamos esa operación uniformadora en actos de gobierno, por ejemplo, o en el discurso de los medios, que reúnen en totalidades imaginarias los fragmentos dispersos del tejido social. También encontré en los estudios sobre la ciudad de México que *la ciudad* logra existir, por momentos, en la solidaridad social que genera un sismo, en ciertas fiestas o en la preocupación ecológica. La mirada a la vez local y global del antropólogo, o de cualquier científico social, puede reconocer en esos actos proyectos de recomposición social, y también lo que tienen de simulacros de sutura. En términos de una antropología instruida por el psicoanálisis, diremos que toda labor de conocimiento acaba restaurando, mediante la crítica, la evidencia de la falta y el conflicto.

¿Qué conclusión podemos extraer de este análisis para la comparación entre ciencias sociales y arte? Del mismo modo que ocurre en el encuentro entre sociología y antropología, la relación entre ciencias sociales y artes no es tanto un diálogo entre dos saberes sobre objetos diferentes, sino una conversación sobre lo que ocurre en el acto de querer saber, una conversación sobre la distancia y la diferencia, sobre la falta y los recursos con que ensayamos cubrirla. En ese diálogo las ciencias sociales pueden aprender a no sociologizar, a no quedarse en la descripción de las suturas sociales, ya sean los ritos o las simples prácticas de supervivencia; los artistas pueden recibir de los científicos, a su vez, información sobre las condiciones sociales, la organización colectiva, los relatos y los ritos, con que los hombres nos reunimos en ciudades para poder convivir con lo que nos falta.

**8.** Es posible afirmar, entonces, que lo que diferencia a la ciencia del arte no es que una emplee conceptos y razonamientos en tanto el otro se maneja con metáforas y narrativas, sino los modos en que los tratan y combinan. Ya no podemos sostener, como en tiempos del positivismo, que las metáforas y los relatos son recursos deficientes o provisionales del pensamiento, sólo admisibles mientras vamos construyendo conceptos científicos rigurosos.

En un estudio sobre la globalización, en el que recorría algunas de las principales metáforas y narrativas con que se alude a ese proceso tan difícil de abarcar, y también analicé la reelaboración conceptual con que la economía, la sociología y la antropología tratan de ordenar lo global, encontré útil movernos en ambos carriles, y ver cómo a menudo se cruzan productivamente. ¿Por qué tantos libros sobre globalización la describen como “sociedad amébrica” (Kenichi Ohmae), “aldea global” (McLuhan), “tercera ola” (Alvin Tofler), “nueva Babel” (Ianni)? Vale la pena tomar en cuenta esas metáforas empleadas por quienes hablan de globalización, que se hallan incluso en los discursos de los científicos sociales. A

veces, los autores de ciencias sociales recurren a una metáfora porque sintetiza un proceso social complejo; en otros casos, porque la polisemia de la metáfora permite decir las indeterminaciones de lo social. Las operaciones metafóricas pueden ser leídas como alusiones a lo que no se deja atrapar por conceptos unívocos, a lo que vivimos y está en tensión con lo que podríamos vivir, entre lo estructurado y lo desestructurante. En términos de Paul Ricoeur, la metáfora nos relaciona con “un campo de referencia para el que no hay identificación directa, para el cual, en consecuencia, no se puede proceder a una descripción identificante por medio de predicados apropiados” (Ricoeur, 1977: 446). La enunciación metafórica ofrece “un esbozo semántico, nombra algo desconocido con un lenguaje familiar. Pero por eso mismo dispone de “indicaciones de sentido que no son determinaciones de sentido”. (Ricoeur, 1977: 447).

Por estas razones, la narración es mucho más que un recurso cultural y literario. Todo discurso socioeconómico puede ser leído como narrativa (en oposición a paradigma), y más aún cuando se refiere a los movimientos globalizadores, donde lo que el lenguaje tiene como portador de sentido y referencia está indeciso. ¿A dónde nos conducen los movimientos financieros? ¿Qué tipo de sociedad se está formando con la acumulación de migrantes fuera de sus países? Lo imaginario, con su polisemia y sus incertidumbres, es una dimensión de la “realidad”, incluso de “lo real” con lo que trabajan las ciencias sociales más duras, como la economía y la demografía. Esas elaboraciones de lo imaginario, que son las metáforas y narrativas, son productoras de conocimiento en tanto intentan captar lo que se vuelve fugitivo en el desorden global, lo que no se deja delimitar por las fronteras sino que las atraviesa, o cree que las atraviesa y las ve reaparecer un poco más adelante, en las barreras de la discriminación. Las metáforas tienden a figurar, a hacer visible, lo que se mueve, se combina o se mezcla. Las narraciones buscan trazar un orden en la profusión de los viajes y las comunicaciones, en la diversidad de “otros”.

Al estudiar cómo se imagina la globalización, encontré que las metáforas tienen particular importancia cuando hablamos de interculturalidad: su vocación comparativa, al jugar con lo diferente y lo parecido, construye el sentido no como algo autosuficiente, sino tomando en cuenta lo que es de los demás. La sociedad entendida bajo el modo metafórico, sostiene Alain Mons, “no tiene existencia sino por el desvío de otros fenómenos”, de otros modos de ser. Puede servir, además, para hacer presente la multiplicidad de sentidos que circulan en la sociedad. Si bien para conocer necesitamos el rigor y la fijeza de los conceptos, la metáfora entrega el sentido “de perfil, por alusiones o asociaciones, por una *inteligencia del pasaje*” (Mons, 1994:216).

No fue necesario que las ciencias sociales prestaran atención a los procesos globalizadores para que los lenguajes de la ciencia y del arte se aproximaran. Recordemos que en los siglos XIX y XX se analizó a la sociedad con metáforas, por ejemplo como una máquina o un organismo. Clifford Geertz anota que en las décadas recientes la metaforización se acentúa al examinar las interacciones sociales como un juego, un drama o un texto. Entender los comportamientos sociales como *juegos* permite captar el orden de las cosas y a la vez aceptar el sentido radicalmente arbitrario de ese orden, o sea entender la vida como “una caja de estrategias”. Mirar las relaciones humanas como *dramas* lleva a reconocer que las estructuras no son anónimas: hay actores, escenas, modos de representar y estrategias expresivas. La analogía del *texto* ayuda a pensar, más allá de los acontecimientos, cómo se inscriben en acciones duraderas, cómo se fija el significado, y ver así los fenómenos como algo legible.

Queda por averiguar cómo intersectar narración y explicación, metáforas y teoría. He tratado de evitar en las investigaciones dos modos de hacerlo: a) los relatos o metáforas como casos cuya acumulación permita generalizaciones

(empirismo inductivista); b) como ilustraciones utilitarias para ejemplificar principios teóricos contruidos a priori (teoricismo deductivista). Me parece que los casos ejemplares o estratégicos lo son por su capacidad de desafiar las conceptualizaciones preconstruidas sobre la globalización y la interculturalidad, tanto los esquemas teóricos y abstractos como los del sentido común “empirista”. Me importan los estudios de caso y las metáforas que condensan procesos particulares porque ayudan a recrear esos modos de pensar y a la vez permiten configurar nuevas lecturas – desde el trabajo teórico – sobre los materiales empíricos.

9. Ha sido la fascinación por esta capacidad condensadora y detonadora de las metáforas y del arte lo que estimuló a buscar allí un cierto tipo de conocimiento a científicos y filósofos como Freud, Benjamin, Lévi-Strauss y Geertz. Pienso que la fascinación inversa – por la organización que proveen los conceptos – condujo a artistas como Borges, Piglia, Muntadas o Santiago Sierra, a conocer los modos en que filósofos o científicos sociales estudian las ciudades, la globalización, el trabajo, las migraciones y la interculturalidad.

El concepto es la casa del científico y del filósofo, o a menudo su laboratorio: un lugar donde hasta cierto punto se puede vivir, pero sobre todo experimentar y conocer la estructura del mundo. La metáfora es la morada del poeta, incluso para los filósofos y científicos que también lo son: allí se imagina y se nombra lo que entrevemos, las oportunidades de viaje y de refugio, y también las pérdidas.

Algo está diciendo que en este intento final de ofrecer una distinción entre conceptos y metáforas, lo que puede deslindarse entre ambos campos o aquello que los entrelaza, no prevalecen ni unos ni otros. Quizá la fecundidad de navegar entre la orilla de la ciencia y la orilla del arte, sin renunciar a ninguna, es lo que

nos permite mantener abierto un horizonte de comprensión enriquecedor. Se trata de que la interpretación, esa operación conceptualizante, no destruya la densidad de la experiencia enunciada en las metáforas. A la inversa, el diálogo de éstas con el trabajo conceptual clarifica, precisa y limita los riesgos de extraviarnos en la abundancia de la significación, y tal vez nos lleva a pensar mejor. Dice Ricoeur que la metáfora, además de vivificar los lenguajes construidos, incita a “pensar más”, comprender lo que podemos nombrar junto con lo que la poesía esboza o anuncia.

## Bibliografía

Asher, Francois. "La métaphore est un transport. Des idées sur le mouvement au mouvement des idées", en *Cahiers internationaux de Sociologie*, Vol. CXVIII (37-54), 2005.

Bourdieu, Pierre. *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona, Anagrama, 2003.

García Canclini, Néstor. *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Buenos Aires, Gedisa, 2004.

----- *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México, Grijalbo, 1995.

----- Alejandro Castellanos y Ana Rosas Mantecón, *La ciudad de los viajeros, travesías e imaginarios urbanos*. México, DF, Grijalbo, 1996.

Geertz, Clifford. *Tras los hechos. Dos países, cuatro décadas y un antropólogo*. Barcelona, Paidós Básica. 1996.

----- *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona, Paidós Básica. 1994.

----- *El antropólogo como autor*. Barcelona, Paidós Studio, 1989.

Lyotard, Jean-François. *Peregrinaciones*. Madrid, Cátedra, colección Teorema. 1992.

Merleau-Ponty, Maurice. *Phénoménologie de la perception*. París, Gallimard, 1945.

Mons, Alain. *La metáfora social. Imagen, territorio, comunicación*. Buenos Aires, Nueva visión, 1994.

Piglia, Ricardo. *Formas breves*. Buenos Aires, Temas en el margen, 1999.

Popper, Karl. *La lógica de la investigación científica*. Madrid, editorial Tecnos, 1962.

Rancière, Jacques. *La división de lo sensible*. Salamanca, Centro de arte de Salamanca, 2002.

Ricoeur, Paul. *La metáfora viva*. Buenos Aires, ediciones Megápolis. 1977.

Sokal, Alan y Bricmont, Jean. *Impusturas intelectuales*. Barcelona, Paidós, 1999.

Strathern, Marylin. Out of context- The persuasive fictions of anthropology, *Current Anthropology*, vol. 28, núm.3, 1987.



# **BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA**

## **S E C R E T A R Í A   G E N E R A L**

### **SECRETARÍA TÉCNICA DEL HONORABLE CONSEJO UNIVERSITARIO**

#### **DIRECTORIO:**

**MTRO. ROBERTO ENRIQUE AGÜERA IBÁÑEZ**  
RECTOR Y PRESIDENTE DEL H. CONSEJO UNIVERSITARIO

**DR. JOSÉ RAMÓN EGUÍBAR CUENCA**  
SECRETARIO GENERAL Y SECRETARIO DEL H. CONSEJO UNIVERSITARIO

**LIC. JORGE LUIS LIMA VILLEGAS**  
SECRETARIO TÉCNICO DEL H. CONSEJO UNIVERSITARIO

[www.consejouniversitario.buap.mx](http://www.consejouniversitario.buap.mx)

#### **DISEÑO Y EDICIÓN:**

**L.S.C. JULIÁN JAVIER VERA DELGADO**  
JEFE DE CÓMPUTO E INFORMÁTICA  
[julian.vera@sg.buap.mx](mailto:julian.vera@sg.buap.mx)

**NOVIEMBRE DE 2005**